

# **PROYECTO SABINO**

**DAVID MANCHO CABALLERO**

*PROYECTO SABINO*



1ª edición, 2016

Diseño de la cubierta: Francisco M. Mesa Garcia

Ilustraciones interiores: David Mancho

## **Editorial DALYA**

Jilguero 14

11100 San Fernando

[www.edalya.com](http://www.edalya.com)

© del texto, David Mancho Caballero

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-944735-4-8

DL CA 308-2016

Impreso y encuadernado por CIMAPRESS

Printed in Spain / Impreso en España

*La presente obra se encuentra a caballo entre la realidad y la ficción.*

*El hilo argumental sigue escrupulosamente la historia de España, en acontecimientos y con muchos de sus protagonistas. No obstante, otros tantos son fruto de la imaginación del autor y las situaciones que se van sucediendo, esas mil y una intrigas descritas, en algunos casos, no cuentan con visión objetiva alguna.*

*Me resulta apasionante investigar la historia de nuestro país siguiendo la estrecha y oscura senda de la conspiración. Esta vereda a menudo pasa peligrosamente cerca del camino principal por el que discurre la historia de España. Tanto es así, que casi puede saltarse de un derrotero a otro a placer.*

*Y si esto es apasionante, no lo es menos analizar desde sus más profundas raíces el origen del nacionalismo vasco, en tanto en cuanto que su devenir es el de todos los habitantes de España.*

*Tristemente, el vasco no ha gozado del mismo protagonismo que el asturiano o el murciano, en tanto en cuanto las expectativas de parte de su sociedad se han alejado sobremedida de las del común de los españoles.*

*En Navarra, las ambiciones de sus vecinos vascos y la fuerte influencia de sus anhelos se han sentido siempre con especial virulencia.*

*Eso hace de esta materia un tema especialmente interesante y la historia desarrollada en este contexto aspira por ello a no pasar sin pena ni gloria por las manos del lector.*

*Espero les entretenga. Esa es la intención para la que ha sido concebida esta novela, aunque sirva de paso como recuerdo a las víctimas de la barbarie y la sinrazón en las sucesivas etapas de la historia más reciente de nuestro país.*

*El autor.*

## PROYECTO SABINO

### Primera parte I. Lehenengo zatia

1. Lehen atala. *De cómo el nuevo Bilbao llegó de ultramar* ..... 13
2. Bigarren atala. *La fábula de la princesa y el carbonero* ..... 45
3. Hirugarren atala. *La metamorfosis de Sabino* ..... 75
4. Laugarren atala. *El guerrero de papel* ..... 89
5. Bostgarren atala. *Bautismo de fuego* ..... 99
6. Seigarren atala. *El ocaso de un sueño* ..... 135
7. Zazpigarren atala. *Una Patria, dos Españas* ..... 147

### Segunda parte II. Bigarrenengo zatia

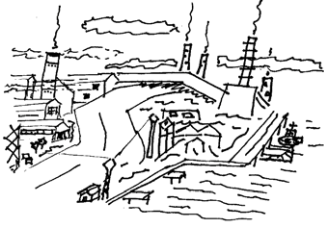
8. Zortzigarren atala. *Un paso hacia el abismo* ..... 165
9. Bederatzigarren atala. *Savia nueva* ..... 183
10. Hamargarren atala. *La dura cruz de la moneda* ..... 195
11. Hamaikagarren atala. *Santa Cruzada* ..... 215
12. Hamabigarren atala. *Operación Rügen* ..... 259
13. Hamahirugarren atala. *El frío aliento del patíbulo* ..... 297

### Tercera parte III. Hirugarrenengo zatia

14. Hamalaugarren atala. *El amanecer de una nueva era* ..... 321
15. Hamabostgarren atala. *Un garbanzo negro* ..... 343
16. Hamaseigarren atala. *La eclosión de la serpiente* ..... 357
17. Hamazazpigarren atala. *La caza del ogro* ..... 377
18. Hamazortzigarren atala. *Años de plomo* ..... 395
19. Hamabederatzigarren atala. *Como oveja en tierra de lobos* ..... 417

- ANEXO I.- Entre la realidad y la ficción. Notas aclaratorias ..... 435
- ANEXO II.- Iconografía relacionada con la materia ..... 441
- ANEXO III.- Relación de personajes ..... 451
- ANEXO IV.- Documentación de interés ..... 459

**LEHENENGO ZATIA | PRIMERA PARTE**



## Capítulo 1. Lehen atala

### *De cómo el nuevo Bilbao llegó de ultramar*

*Abril de 1872. Ciudad de Bilbao.*

La primavera, estación acompañada por el renacer de la naturaleza, el resurgir de la vida tras la inactividad del frío invierno, se mostraba reticente a visitar ese año la Villa del Nervión.

Densas nubes de negros hollines se adueñaban del cielo de la ciudad, donde la industria moderna se había abierto paso a empujones respecto de las costumbres tradicionales y lo había hecho sin contemplaciones.

Bilbao era una ciudad de ladrillo rojo y robustas chimeneas, corazón de la industria vizcaína y más aún, uno de los centros neurálgicos industriales de la convulsa España que, recientemente, había recibido en prenda el italiano Amadeo I.

Con el despertar de aquella mohína mañana, la actividad había regresado a la ciudad. Los cascos de los caballos y el traqueteo de los carruajes sobre el adoquinado eran ya intensos a esa temprana hora. El incesante vocerío lo impregnaba igualmente todo junto a un cargado ambiente, fruto de las farolas de gas cuya mortecina luz ya se había extinguido bajo la supervisión del abnegado farolero.

El mozo trepó con agilidad por la escalera de madera. Enjuto y nervudo, abrió una de las carillas de vidrio de la campana de la farola con objeto de reparar la obstruida salida del gas.

—¡Qué!, fría la noche, ¿no, filósofo!?

---

*1 Bilbao fue la segunda ciudad de España en adoptar el gas de alumbrado. Al gas se le llamaba "llama viva" o "luz filosófica". Era común referirse por ello a los faroleros como "filósofos".*

El joven encargado del alumbrado público echó un rápido vistazo a los pies de su escala, de donde había llegado el comentario. Encontró a un caballero ya maduro y ciertamente recio, con una pulcra barba recortada carente de bigote. Vestía de manera elegante con chaleco y pajarita, lo cual no le llamó la atención al saberlo perteneciente a la acomodada burguesía bilbaína. Un zagal de unos siete años permanecía a su vera observándolo a él en las alturas.

—¡*Egunon*, Santiago, *jauna!* —saludó formalmente el farolero sin descender de su palo de gallinero—. Muy fría noche, *jauna*. Las noches son todavía largas y el sol apenas comienza a tener fuerza este año...

Don Santiago extrajo del bolsillo derecho de su americana una cigarrera plateada y tras colocarse un cigarro puro en los labios lo encendió con parsimonia.

—A ver si solucionas el problema de esta farola y de aquella de allá adelante, que apenas se ve por la noche. ¡Más parece esta calle la anteiglesia de Begoña que la calle Ibáñez<sup>2</sup>...! A Jokin<sup>3</sup> ya le dije, y ¡que me haga caso, que se lleva mis buenas pesetas!...

El farolero observó la luminaria a la que se refería el señor Santiago.

—No me marcharé hoy hasta que esté el problema solucionado, *jauna*.

La respuesta satisfizo plenamente a Santiago, quien comenzó a caminar por la acera calle abajo en compañía de su hijo.

Un carruaje cargado de embalajes pasó con los ejes rechinando por delante de la pareja. Una vez hubo pasado, se aventuraron a

---

2 El comentario se debe a la deficiencia de alumbrado en esa zona de la ciudad, más marginal que la bien considerada calle Ibáñez en cuyo número 10 se hallaba la Casa de Albia de los Arana de Goiri.

3 Se refiere al entonces alcalde de la Villa de Bilbao D. Joaquín de la Quintana Osante.



cruzar la calle y llegar a la otra acera en compañía de algunos viandantes más.

—¡Da gusto ver trabajar a un vizcaíno, Sabino! —Don Santiago se detuvo para disfrutar de una profunda calada, mientras observaba nuevamente al farolero dar buen uso a su escalera, como un macaco subiendo y bajando en esa extraña selva de acero, piedra y hollín. Con el cigarro entre los dedos señaló al empleado del ayuntamiento mientras continuaba dirigiéndose a su hijo.

—Créeme, hijo, el vizcaíno es nervudo y ágil... el español, flojo y torpe...

El muchacho observaba a su padre con sus enormes ojos castaños muy abiertos. Cada palabra que emanaba de la boca de su sabio progenitor, era para él motivo de profunda reflexión.

—El vizcaíno es inteligente y hábil para toda clase de trabajos; el español es corto de inteligencia y carece de maña para los trabajos más sencillos...

Padre e hijo continuaron caminando calle abajo en dirección a la ría.

—...Un vizcaíno hace en igual tiempo tanto como tres *make-tos* juntos.

Sabino continuaba dubitativo. Por fin, emitió la pregunta que más le inquietaba del asunto.

—Padre... ¿qué es *maketo*<sup>4</sup>?

Santiago dibujó una amplia sonrisa en su rostro, tomando una nueva calada de su ya diezmado cigarro puro. Cuando se disponía a responder a su hijo, escuchó que alguien le llamaba. Un sacerdote con sotana se les aproximaba proveniente del fondo de la calle.

—Julián de Azkue... ¡buenos días, padre! —saludó Santiago mientras intercambiaba palmadas en la espalda con el recién llegado.

<sup>4</sup> Término despectivo con el que hace referencia al que llega a Vizcaya proveniente de otras regiones y que va cargado de todo tipo de connotaciones peyorativas.

—¡Qué sana es la juventud de esta tierra! ¿Has oído cómo les hemos dado a victorianos<sup>5</sup> con los remos?...

Don Julián se encontraba exultante ante los ojos del joven Sabino.

—Bueno... ¡*egunon*, Sabino! —se dirigió al zagal el cura, pellizcándole el moflete. Rápidamente, el ministro de la iglesia católica, ya entrado en años y en kilos, continuó relatando lo acontecido en la ría.

—De Cambridge venían aquí, a Bilbao, a darnos para el pelo... Llevan décadas con sus regatas en el Támesis, pero no saben lo que es competir con unos buenos vizcaínos de brazos recios y dos cojones, ¡cago en D...! —se contuvo en el último instante el sacerdote, santiguándose de inmediato para expiar sus pecaminosos improperios.

El cura se unió a los otros dos viandantes, continuando su deambular hacia la ría.

—Nos están comiendo el terreno Santiago... ¡la cantidad de millones de pesetas que se han invertido en el nuevo ensanche, allá en la orilla izquierda!... Y las máquinas y toda la mano de obra de las tierras de ultramar... ¡El dinero... para los ingleses!

Otra de las calles adoquinadas presentaba ahora ante ellos raíles de metal con una separación entre ambas piezas de más de un metro.

—Son tiempos de cambio Julián, nos dicen... ¡tiempos de locura, diría yo!

Santiago se plantó a la par del rail por el que ya se aproximaba un tranvía tirado por caballos cargado hasta las cartolas de pasajeros. Dos pasos más atrás quedaron Sabino y Julián.

---

5 Se refiere a los súbditos británicos que en 1872 se encontraban bajo corona de la Reina Victoria de Hannover de ahí lo de "victorianos".

—Tranvía de sangre... así llaman a esto y hay quien se jacta de haber inventado una carreta sobre raíles... ¡qué estupidez!

El sacerdote ensotonado afirmó con la cabeza y sin nueva conversación caminaron varios minutos más, llegando a la ría del Nervión, en uno de cuyos recodos se encontraban los astilleros del señor Arana.

Ante ellos se abrió el espacio despejado por el que se intuía la proximidad de la ría. La humedad en el ambiente era inconfundible.

El curso fluvial del río Nervión presentaba en ese punto una anchura de casi cincuenta metros hasta la orilla izquierda donde, en efecto, se advertían los referidos trabajos de urbanización.

En la orilla en la que se encontraban, la ría describía un recodo que, a modo de dique seco, era utilizado para la construcción de embarcaciones, al modo más tradicional, que eran bautizadas y despedidas desde el antiguo astillero como cada hijo que, abandonando el hogar, se marcha a labrarse el futuro.

Un sinfín de gentes discurrían por el lugar afanados en sus quehaceres cotidianos, excepto un grupo de joviales muchachas de ropas humildes. Se congregaban en torno a un mozo que, con habilidad, dibujaba con un carboncillo en un bloc de hojas sepia.

La congregación de sexo femenino provocaba la esperada distracción para los trabajadores que se encontraban empleados en el acabado de una embarcación de notable eslora. La llegada de don Santiago fue inesperada y demoledora para esa maravillosa cadena de atenciones que se había creado.

—¡A trabajar, cojones, a trabajar!, ¡que no os pago para *txotxoladas*!

Se acercó al mocete que continuaba dibujando.

—A ver chaval, ¡vete a dibujar a otra parte, que aquí hay mucho trabajo que hacer!...

No pudo evitar observar el retrato que con gran talento había plasmado en el papel ese muchacho. La chica que le servía de modelo y se encontraba sentada en un cajón de madera a tres metros de él se levantó inmediatamente. El resto de la concurrencia se disipó ante la llegada de tan iracundo patrón. El chico se dispuso a recoger su material.

—Un momento —intervino don Santiago al observar otro de los dibujos fruto del carboncillo tan hábilmente manejado.

La embarcación pesquera en la que trabajaban los empleados del señor Arana había sido reflejada en el papel con gran acierto. El patrón quedó conmovido.

—¡Qué talento tienes!, ese dibujo... ¡es magnífico! ¿Cómo te llamas?

—Miguel —respondió el zagal, que contaría con una edad similar a la de Sabino como él mismo pudo observar.

—Manuel, ¿dónde has...?

—Me llamo Miguel —interrumpió súbitamente el jovencito de apenas ocho años—. Miguel de Unamuno y Jugo.

Santiago quedó petrificado. Pero, sorprendentemente, la reacción del niño no despertó su cólera, sino su interés.

—Unamuno... tu padre fue concejal... Félix... un buen hombre...

Un halo de tristeza ensombreció la avispada mirada del niño.

El burgués entregó varias monedas al muchacho, que las recibió sorprendido.

—Te compro el dibujo del barco... ¿Cómo se llama tu amiga?

Unamuno recuperó la compostura y esbozó una sonrisa por vez primera en su rostro.

—Es Concha Lizarraga... cuando seamos mayores nos casaremos, ¿sabe usted?

El señor Santiago le dio una palmadita en la espalda, en señal de final de la conversación, mientras soltaba una breve carcajada. Los dos niños abandonaron el lugar calle abajo.

Sabino se quedó mirando a los niños que se marchaban de la mano, sorprendido ante la declaración de Unamuno. Él no conocía qué era estar enamorado... Ninguna persona había despertado ni despertaría en él ese interés en toda su vida... Su destino le tenía reservadas otras empresas bien diferentes.

Don Santiago transformó su gesto a seriedad mientras observaba a sus operarios doblar el espinazo con intensidad redoblada tras la llegada de su patrón. Se dirigió al padre De Azkue.

—No siento nada más que tener que emplear *maketos* para terminar la producción a tiempo, pero... ¡qué se le va a hacer! Los malditos liberales han llenado la cabeza de los bilbaínos de mandangas y ahora los buenos trabajadores se emplean en las nuevas fábricas... ¿A dónde vamos a parar?...

Al volver a escuchar la palabra *maketo*, esta vez sí referida a alguien concreto, Sabino se esforzó en analizar a aquellos a los que se refería su padre para advertir las evidentes carencias y limitaciones que sin duda habían de poseer.

No pudo hallarlas, pero la seguridad con que su progenitor expresaba su desdén no dejaba lugar a las dudas y esa palabra, con todo su sentido, se acomodaría con profundo poso en su mente esperando el momento de surgir como parte de una idea más grande... y más seria.

Sabino se hallaba ensimismado percibiendo el hedor que emanaba de las turbias aguas del Nervión, las cuales recibían las inmundicias de los bilbaínos a modo de premio conforme serpenteaba cruzando la capital vizcaína. Los habitantes de la ciudad no tenían la deferencia de tratar, siquiera mínimamente, sus aguas fecales antes de llegar estas a la ría.

Un nuevo vocerío interrumpió las reflexiones del hijo de Arana. Un individuo de pelo cano y barba poblada y rala se había enzarzado en un sinfín de imprecaciones hacia los trabajadores de los astilleros Arana. Estos se limitaban a canturrear pero sin bajar un ápice su rendimiento:

*Anda y que le den, que le den y que le den. Agua de limón. Sin azúcar, ni canela (bis). Carlos chapa se escapa a Bayona Mandilona, mandilona...*<sup>6</sup>

Don Santiago se aproximó al exacerbado personaje y tomándolo del brazo lo alejó de los risueños empleados suyos.

—Don Francisco, ¡haga usted el favor de sosegar!... Le he dicho muchas veces que no salga al exterior; y si lo hace, que sea moderado, porque me puede buscar problemas...

El hombre lucía una raída casaca del ejército carlista y en su pechera diversas condecoraciones. Por su ímpetu y engreimiento se podía intuir que, en otro tiempo, había sido un militar de alta graduación.

—¡Estos insolentes y estúpidos hijos de perra!... ¡malditos sean!... Lástima cuando sitiamos Bilbao... ¿recuerda, padre?...

El sacerdote, que se encontraba a su par, asintió con la cabeza.

—¡Bayoneta, bayoneta y bayoneta!... nos arengaba usted... y luchamos hasta quedar sin aliento. Pero nos faltaban piezas de artillería y... ¡ese puto frío!, ¡esa humedad que calaba hasta los huesos!...

Sabino quedó perplejo observando atentamente los recuerdos que el veterano de guerra vivía con tanta intensidad. Entonces, súbitamente, el general carlista reparó en su presencia.

—Pequeño Sabino... —dijo mientras se agachaba a la altura del chaval—. Tu padre es un gran hombre, hazle caso siempre y serás una persona de provecho...

---

6 *Cántico liberal popularizado al finalizar la Segunda Guerra Carlista, que se refiere a la huida de Carlos Luis de Borbón a Francia perdida ya la guerra.*

No había acabado de hablar y castigar el moflete del zagal, cuando a proximidades de donde se encontraba la cuadrilla llegó un coche tirado por dos hermosos corceles color negro azabache.

Dos hombres pulcramente vestidos de la cabeza a los pies, con zapatos lustrosos y bombín, descendieron del vehículo y se dirigieron directamente hacia el grupo. Al parecer, la congregación no era casual, sino que se trataba de una reunión con estos hombres, como entendió tiempo después el pequeño Sabino.

—*Good morning, dear friends!* —exclamó con contagioso entusiasmo y voz cantarina, uno de los dos hombres que lucía un gran bigote de puntas rizadas. Recibieron el apretón de manos de todos los presentes y tras el preceptivo pellizco al pobre moflete de Sabino, los ricos empresarios londinenses iniciaron una curiosa conversación.

Los cinco observaban las obras que se llevaban a cabo en la orilla izquierda de la ría.

—¡Cómo cambian los tiempos! De donde no había nada se va a levantar una nueva urbe industrial como no habrá otra en España. Las chimeneas surgirán como las espigas de trigo en un campo bien sembrado... —comenzó a exponer con satisfacción el primero de los británicos, presentado como Mr. Bell, en castellano con curioso acento extranjero.

—Pero la tierra no es del sembrador. Este trae la semilla y se lleva el grano cuando germina...

La intervención de don Francisco Ulibarri Veramendi, fue en tono absolutamente moderado sin dirigirse a nadie a modo de reflexión, pero despertó las suspicacias de los dos ingleses que giraron sus bigotes para observar al veterano militar. No obstante, el señor Bell continuó hablando.

—Nadie puede escapar al paso del tiempo. La manera más sabia de afrontarlo es sacando provecho del cambio. El que sepa adaptarse saldrá fortalecido...

—Cambio, cambio... ¡qué obsesión! Esta tierra se ha forjado desde antiguo con normas y derechos respetados y transmitidos de generación en generación... ¡los fueros!, ¡la tradición!... ¿Saben ustedes?...

Los ingleses comenzaron a mostrarse molestos por la nueva interrupción llevada a cabo por ese hombre que se atusaba su grisenta barba.

—Usted perdone, caballero, pero hemos venido a hablar con el señor Santiago Arana de negocios...

Pero Santiago mostraba un profundo respeto por las opiniones de ese hombre, al que daba cobijo en un edificio de su propiedad junto a la ría.

—Don Francisco está aquí porque yo lo he querido así. Es un hombre de honda experiencia y su consejo es para mí de gran importancia, como lo es el del padre De Azkue.

El cura intervino entonces sorprendentemente conciliador.

—Don Francisco, deje usted hablar a estos hombres, que para eso han venido. No hacemos mal a nadie escuchando, ¿no es así?...

Pero el general carlista no parecía estar dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Estos señores están exportando su revolución industrial, como la llaman. ¡Son liberales!... Tanto como los muertos de hambre que trabajan ahora en nuestros barcos... No tienen dignidad, sino solo libras esterlinas y no conocen más fuero que lo que sale dibujado en sus billetes...

—Don Francisco, ¡seréne! —intervino otra vez el sacerdote.

—¿Qué me serene?... Usted arengaba a la lucha desde el púlpito y ahora me dice que escuchemos y que me serene... ¡Ni agua a los liberales! ¡Que se marchen a su casa con sus libras esterlinas, que Vizcaya la hemos forjado los vizcaínos y así seguiremos haciéndolo!



Mr. Bell tenía el rostro ruborizado por lo incómodo de la situación. Lucía un monóculo que cayó de su ojo derecho quedando colgado de una cadenita de plata desde el bolsillo de su chaleco.

—¡Esto es indignante!... —intervino el otro hombre presentado como Mr. Brown—. Espero, don Santiago, que reflexione usted lo siguiente: los cambios en los medios de transporte le afectan a usted directamente. Sepa que son escasos los años que le quedan a las embarcaciones del tipo como el que está construyendo en estos momentos. La madera ya forma parte del pasado, ¡el acero es el futuro! Serán barcos con cascos de acero propulsados a vapor...

—Ese será el futuro porque así lo orquestan ustedes... — Don Francisco se giró para dirigirse a Santiago Arana—. ¡Son los mismos perros con distintos collares, Santiago! Liberales como Prim y su puto peine<sup>7</sup>... Liberales como las bayonetas que nos masacraron en Luchana<sup>8</sup>... —replicó Don Francisco mientras el volumen de su arteria aorta seguía creciendo.

Sabino se encontraba turbado por la tensión que se había adueñado del ambiente. Por fin, vio a su padre actuar intermediando en la disputa.

—Todo eso es bien cierto, amigo Francisco. Pero también es cierto en cualquier credo y empresa que ninguna decisión ha de tomarse en caliente y a la ligera... Dejemos que la noche nos aclare las ideas y mañana decidiremos.

El veterano general se marchó refunfuñando. Se alojaba en unas viejas dependencias pertenecientes a los astilleros Arana. El resto de presentes lo observaron mientras se retiraba.

---

*7 El general liberal Juan Prim fue uno de los principales conspiradores que permitió la caída de la reina Isabel II de España y el advenimiento del italiano Amadeo I de Saboya. Valiente y temerario, el general fue además conocido por la pulcritud y cuidado de su imagen hasta el punto que su esposa doña Francisca Agüero González, dama mexicana, en una ocasión devolvió un retrato de su marido porque el general aparecía despeinado en el campo de batalla.*

*8 Fracaso del cerco de Bilbao y gran derrota carlista de la primera guerra.*

—Es un hombre de fuerte temperamento y profundo resentimiento por lo que ha vivido. No sé si hace bien en dejarse influir por él, don Santiago. Hágame caso. La ocasión que se le presenta es única. Construiremos unos modernos astilleros sobre el embrión que usted creó aquí en la ría...

—Para mí, Francisco Ulibarri Veramendi es como la voz de mi conciencia. Necesito escucharla antes de tomar cualquier decisión. Yo no soy de los que se arrepiente de lo que hacen. Lo que hago, lo hago con convicción y nunca me arrepiento. Mañana será otro día... Vamos, Sabino...

Y padre e hijo se marcharon del lugar, levantando la mano derecha el empresario bilbaíno a modo de despedida.

El padre De Azkue se quedó junto a los desconsolados londinenses.

—Don Santiago se equivoca. Es incapaz de ver que el amanecer del siguiente día en el que se vive, puede traer novedades que lo cambiaran todo inexorablemente...

El comentario del señor Bell no era a la ligera. Se quedó el británico observando fijamente al sacerdote vizcaíno, de tal forma que este se dio cuenta de que, más que un comentario, se trataba de una advertencia.

La vorágine de transformaciones que estaban viviendo los alcanzaba ya. Era el momento de adoptar medidas drásticas por un futuro mejor. Y don Julián de Azkue sabía de qué trataba eso.

Siempre había abogado por la lucha para seguir a flote.

---

Sabino se alejó de la ría en compañía de su padre. Le era difícil entender por qué su padre dudaba ante la presencia de esos ingleses. Esos liberales tan criticados por su bien querido y reconocido don Francisco, para él como un abuelo, el abuelo Francisco con cuyos relatos vibraba.

—¿Quiénes eran esos hombres, padre? ¿De verdad eran liberales como decía don Francisco?

Santiago caminaba con el semblante serio. Meditaba profundamente las palabras de los capitalistas venidos de ultramar. Su instinto empresarial también le advertía. El señor Arana recelaba del porvenir inmediato.

—Padre, ¿esos hombres...?

—¡Silencio, Sabino! —concluyó tajantemente don Santiago—. Tienes que ir aprendiendo cómo se desenvuelven los mayores en este oficio, pero no quieras entenderlo todo en un solo día... —Se detuvo junto a su hijo agachándose hasta quedar a su altura—. Mi querido Sabino, eres muy inteligente, el más listo de todos tus hermanos y sé que sabrás trabajar mejor que yo en este mundo de la empresa. Pero no todo es tan fácil como para poder explicárselo a un mocete en un momento. Tengo que meditar qué voy hacer mañana y para eso necesito silencio. ¿Lo entiendes verdad?

Sabino asintió con la cabeza.

Don Santiago le dio una palmadita en el hombro y ambos continuaron caminando dejando atrás el viciado ambiente, fruto de las aguas del Nervión a su paso por la capital vizcaína.

---

El ruido sordo de las descargas de artillería, continuaba retumbando en sus oídos aun transcurridas décadas desde que la guerra y el cruento sitio de Bilbao, finalizaran en esa aciaga mañana del día de navidad de mil ochocientos treinta y seis.

En su austero camastro, Francisco Ulibarri Veramendi se retorció tratando de encontrar el modo de cubrirse y evitar de esta manera el intenso frío que sentía.

El frío era aterrador en la madrugada en que se desarrollaban los sueños del carlista. El intenso temporal de nieve no permitía ver más allá de lo que podía palpase con los brazos extendidos.

El fuerte de Banderas era el último vestigio del cerco carlista a la Villa del Nervión. Los carlistas conocían la proximidad de las fuerzas isabelinas que habían llegado para romper el cerco y que el general Espartero se había puesto al mando de las fuerzas expedicionarias. El final era cuestión de tiempo, de poco tiempo.

Francisco era joven entonces. Apenas un muchacho que de cerca seguía los pasos del general carlista Nazario Eguía. Admiraba el poso y serenidad de ese hombre de gesto pacífico, que con sus grandes párpados y su sonrisa casi permanente generaba la impresión de ser un auténtico bonachón.

Nazario todavía esperaba algún tipo de milagro que auxiliara la desesperada situación del cerco a Bilbao. Algo que, tras los copos de nieve zarandeados por ese endiablado viento polar, llegara para dar un giro a todo.

Y llegó.

Los silbidos del viento se vieron pronto sustituidos por otro silbar, el de las balas.

De la nieve al plomo, de la esperanza a la desesperación.

Gritos y golpes. No encontraba su fusil en la algarabía de soldados corriendo y camaradas desplomándose malheridos.

Gritos y golpes...

Francisco Ulibarri Veramendi se despertó sobresaltado.

Alguien golpeaba la puerta de la estancia en la que se encontraba. Y lo hacía con fuerza.

Miró por la ventana de sucios cristales que se encontraba junto a su camastro.

Era noche cerrada, pero los golpes no cesaban.

—¡Ya va, ya va! —gritó, tratando de vestirse mientras comenzaba a descender las escaleras del piso superior donde dormía.

Se trataba de una estancia amplia y fría. Las paredes de madera colmadas de moho por la humedad de la ría. El hedor de esta, omnipresente.

Se trataba de un viejo almacén de dos plantas propiedad de los Arana de Goiri que le servía de cobijo en esos tiempos convulsos, en los que la policía del gobierno liberal había puesto precio a su captura como instigador y revolucionario.

El mobiliario era terriblemente austero. Apenas una gastada mesilla de noche y un armario donde el militar guardaba sus exiguas pertenencias. Una jofaina y una jarra de metal con algo de agua para su aseo personal. El piso de abajo, vacío, con los suelos de madera llenos de mugre y polvo.

Más golpes. El visitante era muy impaciente.

Por fin, Francisco llegó a la puerta, con el corazón acelerado debido a lo inesperado de la situación. Abrió. En el umbral, apenas iluminado por la luna que se encontraba en la primera fase menguante, el padre Julián de Azkue vestía su sotana y lo observaba con gesto serio. Entre sus manos una pequeña biblia y un rosario.

—Julián, ¿se puede saber qué ocurre? ¿Se me va a salir el corazón por la boca!...

—*Per istam sanctam unctionem et suam piissimam*<sup>9</sup>... —sin inmutarse, el cura comenzó a recitar en latín con voz queda.

A Francisco se le pusieron los pelos de punta. Un sudor frío comenzó a recorrer su frente y su espinazo.

—Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo...

Francisco Ulibarri Veramendi se alejó de la puerta de la vivienda aterrorizado. Tropezó con uno de tantos objetos desperdigados por la desordenada estancia y cayó de espaldas.

---

9 *Sacramento de la extremaunción reconocido al momento por el militar carlista acostumbrado a escucharlo para otros en el campo de batalla.*

—Julián, por favor, ¿qué es esto?...

—*Misericordiam indulgeat tibi Dominus, quidquid per visum...*  
para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en este el final de tus días. Amén.

Mientras el militar trataba de reincorporarse, el padre de Azkue continuó mirándolo, a la vez que dibujaba la señal de la cruz lentamente con el dedo índice de la mano derecha.

Dos fornidos individuos se introdujeron entonces en la estancia con decisión. Vestían las raídas ropas de los trabajadores de los muelles. Sus rostros eran toscos, mandíbulas cuadradas y fuertes barbas de varios días sin afeitarse.

Tomaron por los brazos a Francisco y lo levantaron como a un guiñapo del suelo.

—Por favor, por favor, Julián... ¿qué ocurre?... ¿qué vais a hacer por Dios bendito?...

El padre avanzó unos pasos. Su voz era apaciguadora.

—Tranquilo, Francisco. Nuestro señor Jesucristo te espera ya. Tu labor en este mundo acaba de concluir...

Los dos hombres arrastraron sin dificultad al pobre Francisco, que pataleaba sin control. Un tercer hombre apareció entonces tras el padre De Azkue. Portaba una recia sogá enrollada en una mano. Su aspecto era semejante al de sus dos compañeros. Hampones a sueldo de alguien a quien Francisco molestaba.

La puerta de madera se cerró una vez hubieron entrado todos los individuos al interior de la estancia.

Nadie escuchó esa noche los gritos y llantos desconsolados del valiente oficial carlista, que soñaba cada noche con haber muerto con honor en un campo de batalla.